

CAPÍTULO XXVI

SOMBRAS DEL PASADO Y DEL FUTURO

— Muy servidor de usted, caballero — dijo el comandante. — Está dicho : un amigo de mi amigo Dombey es amigo mío : tengo mucho gusto en conocerle.

— Estoy muy obligado, Carker — explicó mister Dombey — al comandante Bagstock por su conversación y su compañía. El comandante Bagstock me ha prestado grandísimo servicio, Carker.

Carker tenía el sombrero en la mano; acababa de llegar de Leamington y acababa de ser presentado al comandante; motivo por el cual exhibía su dos filas de dientes al mismo tiempo que se tomaba la libertad de dar gracias de todo corazón al comandante por el gran cambio que había sabido operar en el ánimo de mister Dombey.

— ¡Por Dios! caballero — contestó el comandante; — no hay gracias que darme por semejante cosa : aquí no se trata más que de una reciprocidad. Usted comprende — y diciendo esto bajó la voz, pero no tanto que dejara de oír mister Dombey, — usted comprende que un hombre como nuestro amigo Dombey por fuerza tiene que influir en el espíritu de sus amigos :

sus altas cualidades se hacen sentir vigorizando las inteligencias de quienes le tratan.

Mister Carker cogió al vuelo aquella expresión. Vigorizar : justamente eso era lo que él hubiera dicho :

— Pero, puesto que mi amigo Dombey — prosiguió el comandante — le habla á usted del comandante Bagstock, es necesario que tanto por él como por mí rectifique yo alguna cosa. Cuando dice el comandante Bagstock quiere decir sencillamente José B. — José — Pepe Bagstock — Pepe, J, en fin, servidor de usted.

Mister Carker quedó admirado de la franqueza del comandante y se manifestó encantado de ella.

— Y ahora, señor mío — dijo Bagstock — supongo que tendrán ustedes que hablar de muchas cosas de negocios y demás.

— No son pocas, comandante — dijo Dombey.

— Dombey — repuso el comandante con aire altivo — á mí no me ha de decir usted eso, porque yo sé quien es usted, y un coloso de los negocios ...no me interrumpa usted... un coloso de los negocios tiene que hablar de muchas cosas. De manera que me despedido hasta la hora de comer. Hasta ese momento, se ha concluido Pepe. La comida, á las siete en punto, señor Carker.

Con esto el radiante Bagstock se encaminó á la puerta, y ya iba á pasar el umbral cuando ocurriéndosele una idea se detuvo y dijo.

— Usted perdone, Dombey : pero ¿quiere usted algo para ellas?

Mister Dombey se quedó confuso, miró á su cortés confidente y le contestó que tuviera la amabilidad de presentar sus cumplimientos.

— ¡Válganos Dios, señor! — exclamó el comandante. — Es preciso alguna cosa más expresiva que esa... ó si no ¡ay de Pepe! buen recibimiento le espera...

— Mis respetos, si usted quiere — dijo mister Dombey.

— ¡Por vida de!... Pero ¿es que no se le ocurre á usted nada más caluroso? — preguntó en tono de broma el comandante.

— Pues diga usted todo lo que quiera, comandante — contestó Dombey.

— Su amigo es muy ducho, señor; muy ducho, ¡diabólicamente ducho! — exclamó el comandante. Y dirigiéndose á Carker añadió: — ¡Así es Bagstock!

Todavía no se marchó Bagstock, sino se echó á reir y de pronto interrumpió la risa, se puso serio y dándose unos puñetazos en el pecho, solemnemente dijo:

— Dombey, le tengo á usted envidia. ¡Ea! quede usted con Dios.

Y esta vez se marchó de veras.

— Este señor será para usted un gran recurso — dijo Carker á mister Dombey.

— Muy grande, en efecto — contestó Dombey.

— A lo que parece tiene aquí amistades — continuó Carker. — Si no me engaño, frecuenta usted la sociedad. Mucho me alegro — añadió con una horrible sonrisa — que frecuente usted la sociedad.

Mister Dombey dió gracias á su subordinado por el interés que le demostraba: no habló para esto, pero movió la cabeza y sacudió con la mano la gran cadena de reloj.

— Usted está admirablemente dotado para frecuentar la alta sociedad — dijo Carker. — No conozco

á nadie más indicado para ello que usted, dado su carácter y su elevada posición. Ya sabe usted que muchas veces le he manifestado mi sorpresa de verle alejado de todas las grandes relaciones á que tiene derecho.

— Tenía mis razones, Carker. Estaba solo y todo me era indiferente. Pero usted posee grandes cualidades sociales; usted si bebe de ser muy apreciado en sociedad.

— ¡Oh, no! — repuso Carker apresurándose á rebajarse ante mister Dombey. — En mí ya es esta otra cuestión: yo no me puedo comparar con usted.

Mister Dombey llevó la mano á la corbata, apoyó la barbilla en la mano y miró con atención á su empleado durante unos momentos.

— Tendré mucho gusto, Carker — dijo mister Dombey como si al mismo tiempo tragase algo harto grande para su garganta. — Tendré mucho gusto en presentarle á mis... á los amigos del comandante, personas sumamente agradables.

— Hay señoras, presumo — insinuó Carker.

— Son señoras, nada más que señoras, dos — contestó mister Dombey.

— ¿Solamente dos? — sonrió Carker.

— Dos nada más. Las he visitado en su residencia: no he hecho otros conocimientos aquí.

— ¿Hermanas, sin duda? — añadió Carker.

— Madre é hija — contestó mister Dombey.

Bajó mister Dombey los ojos ajustándose otra vez la corbata. Carker dejó entonces de sonreír y miró de manera escudriñadora la cara de su principal, pero al momento, cuando mister Dombey alzó otra vez los ojos, Carker tornó á sonreírse dejando ver hasta las encías.

— Es usted muy amable — dijo Carker. — Tendré mucho gusto en conocer á esas señoras. A propósito de su hija : al venir he visto á miss Dombey.

La sangre se le subió á la cara á mister Dombey.

— Me tomé la libertad de ir á saludarla por si tenía que encargarme alguna cosa para usted; pero sólo me ha confiado la misión de transmitir á usted sus cariños.

Cara de lobo puso Carker cuando dijo esto : tenía de lobo hasta la lengua que le asomaba entra los dientes, al encontrarse su mirada con la de mister Dombey.

— Y de negocios ¿cómo estamos? — preguntó mister Dombey transcurrido un momento que empleó Carker en sacar papeles de un cartapacio.

— Poca cosa — contestó Carker. — Los asuntos corrientes. Una pequeña novedad, sin importancia para usted; y es que el Lloyd considera perdido el *Hijo y Heredero*. El barco estaba asegurado, desde la quilla hasta los topes.

— Carker — exclamó mister Dombey sentándose cerca de su empleado — no quiero decir que el joven Gay me haya causado, en ningún caso, impresión favorable...

— Ni á mí tampoco — interpuso el empleado.

— Pero yo hubiera deseado — continuó mister Dombey sin detenerse por la interrupción — que ese joven no se hubiese marchado en el *Hijo y Heredero*. No quería yo que se marchase.

— Entonces es una lástima que no lo haya usted manifestado á tiempo — repuso friamente Carker; — sin embargo, me parece que todo ha salido bien : si, ha sido lo mejor. ¿ Le he dicho ya la confidencia que miss Dombey me hizo?

— No — contestó mister Dombey, sombrío.

— No tengo duda — añadió Carker después de una pausa — de que donde quiera que esté Gay es preferible á que se encuentre en Londres. Si me hallase en el lugar de usted me alegraría mucho de que ese joven no esté aquí. Por lo que á mí toca, me alegro. Miss Dombey es joven y confiada : si acaso se puede señalar en ello algún defecto es el de no ser tan altiva como debiera, en cuanto hija de usted... ¿ Quiere usted examinar conmigo estos balances?

Mister Dombey se recostó en la silla, en vez de inclinarse para ver los papeles y miró fijamente á Carker. Éste, arqueando algo las cejas, no se daba por enterado de que su principal le miraba, como si consideraciones de delicadeza le impidieran entrar en más explicaciones. Mister Dombey comprendía esta actitud; su altivez no le permitía preguntar cosa alguna confidencial á su empleado. Lo mismo solía acontecerle en los negocios. Poco á poco se modificó la mirada de mister Dombey llegando á posarse en los papeles; pero, aun fijando su atención en éstos, de cuando en cuando levantaba la vista para mirar á Carker, dando lugar á que éste, entonces, diera señales de reserva que inquietaban más y más á su jefe.

En esta operación continuaron. Bajo la influencia de Carker, la ira iba germinando en el corazón de mister Dombey, reemplazando á la indiferencia que su hija le había inspirado hasta entonces.

Entretanto, el comandante Bagstock, que tanto partido tenía entre las señoras de Leamington, seguido de su indígena que llevaba el bagaje ordinario, buscando la sombra caminaba hacia el domicilio de mistress Skewton, con propósito de hacerla una visita matinal. Ya era medio día cuando el comandante

llegó á la residencia de Cleopatra, teniendo la suerte de encontrarla reclinada, según su costumbre, en el sofá : estaba tomando una tacita de café y para que la habitación resultase más incitadora al reposo estaba casi á oscuras, de tal manera que Withers ocupado en servir á su señora parecía una sombra.

— ¿Quién es la insoportable criatura que entra? — exclamó mistress Skewton. — No quiero verla; que se vaya, váyase, digo!

— ¿Tendrá usted tan mal corazón que pretenda expulsar á J. B.? — dijo el comandante parándose en medio de la sala, con el bastón al hombro.

— ¡Ah! es usted... Bueno; bien pensado, le permito que pase.

En consecuencia continuó el comandante su avance hasta el sofá y puso sus labios en la encantadora mano.

— Siéntese usted allá, lejos — dijo Cleopatra abanicándose lentamente — y no se acerque usted porque estoy terriblemente impresionable y extenuada esta mañana : usted es capaz de traerme el calor del sol : es usted tropical.

— ¡Por Jorge! señora — exclamó el comandante — hubo un tiempo en que José Bagstock se tostaba; era el tiempo en que se encontraba en las Indias Occidentales, donde le conocían con el nombre de Floro : nuestro Floro. Hoy la flor está más ó menos mustia — añadió el comandante sentándose bastante más cerca de lo que la Divinidad le había indicado; — pero constante, como la siempreviva.

Al llegar á este punto y no obstante la gran satisfacción con que el comandante se juzgaba muy sólido, le faltó poco para ser víctima de un ataque apoplético : cerró un ojo y movió la cabeza en redondo como un

arlequín. Pero la oscuridad de la habitación hizo que no se enterase nadie del amago.

— ¿Dónde está mistress Granger? — preguntó Cleopatra á su paje.

Withers contestó que á su parecer estaba en su cuarto.

— Muy bien : váyase usted y cierre la puerta — dijo mistress Skewton. — Tengo que hacer.

Cuando desapareció Withers, mistress Skewton volvió la cabeza hacia el comandante, sin mover nada el cuerpo, y le preguntó cómo estaba su amigo.

— Dombey, señora — contestó el comandante con una inflexión maliciosa, — está todo lo bien que puede estar un hombre en su trance. Su situación es desesperada, señora. Está flechado este Dombey. ¿Flechado? Abayonetado, atravesado de parte á parte.

Cleopatra lanzó al comandante una mirada que contrastaba fuertemente con la afectada indiferencia de su actitud y dijo :

— Comandante Bagstock, muy poca cosa sé del mundo : y no lamento mi falta de experiencia porque presumo que este mundo no encierra más que falsedad y convencionalismo y pienso que la naturaleza se estima en él muy poco, sin que apenas se escuchen las armonías del corazón, los esparcimientos del ánimo y todo lo demás que forma la poesía de la vida. Sin embargo, no puedo equivocarme respecto al pensamiento de usted; sus palabras aluden á Edith, á mi queridísima hija.

Diciendo esto mistress Skewton se acarició las cejas con el dedo índice.

— Con franqueza, señora — repuso el comandante Bagstock — porque la franqueza es la nota caracte-

ristica de mi familia : sí, sí señora, usted ha comprendido bien : hay una alusión.

— Y esta alusión — prosiguió Cleopatra — toca á una de las mayores, positivamente á la mayor, la más penetrante y sagrada de las emociones de que la naturaleza humana, tan decaída, es susceptible.

El comandante se besó la yema de los dedos y envió el beso á Cleopatra como en apoyo de la referida emoción.

— Bien reconozco que soy débil, que no tengo aquella energía que debiera sostener á una madre — dijo mistress Skewton llevándose á los labios su pañuelo de encajes; — pero no puedo pensar en asunto de tanta transcendencia para mi Edith querida sin sentir desfallecimiento. No obstante, hombre perverso, puesto que ha tenido usted la audacia de llamar mi atención sobre esto causándome tan grande angustia — mistress Skewton se tocó el costado izquierdo con la punta del abanico, — no retrocederé yo ante mi deber.

El comandante bajo la protección de la oscuridad se hinchaba, se hinchaba y movía en redondo la cabeza guiñando su ojo de langosta hasta que casi ahogado tuvo que ponerse de pie y dar unos paseos por la habitación antes de que su encantadora amiga continuase.

— Mister Dombey — dijo mistress Skewton reanudando al fin su discurso — nos dispensó hace algunas semanas el honor de una visita, viniendo con usted. Reconozco — permítame usted decirlo — que tengo el defecto de dejarme llevar del primer impulso y dejar que se lea en mi corazón, como si estuviera al exterior. Conozco muy bien esta debilidad mía. También mi enemigo la conoce. Pero no me arrepiento;

prefiero esto á helarme en el pusilánime mundo y estoy contenta de tener esa reputación que me parece justa; mistress Skewton arregló su camisolín, se pasó la mano por el cuello como para borrar las arrugas y muy satisfecha de sí misma prosiguió su razonamiento.

— Me ha complacido (y á Edith también, estoy segura), me ha causado gratisima satisfacción la visita de Mister Dombey. Por ser un amigo de usted, querido comandante, ya estábamos naturalmente dispuestas á favor suyo. He de decir á usted que desde luego he adivinado en mister Dombey un gran corazón de consoladora y extremada delicadeza.

— ¡ Bueno está ya ese corazón de mi amigo! — exclamó el comandante.

— ¡ Hombre malo! — dijo mistress Skewton á Bagstock mirándole con languidez, — ¿ Se callará usted alguna vez?

— J. B. enmudece, señora — dijo el comandante.

— Mister Dombey — prosiguió Cleopatra pasándose suavemente la mano por la cara — volvió á visitarnos y agradándole probablemente la sencillez y naturalidad de nuestros gustos — la naturaleza es encantadora; no hay cosa alguna más deliciosa, — vino todas las noches á nuestra pequeña tertulia. Por supuesto que si hubiera podido yo pensar en la grande responsabilidad que contraía animando á mister Dombey á que...

— A que atacase este reducto — sugirió el comandante.

— ¡ Pero qué tosco, qué odiosa manera de expresarse! — exclamó mistress Skewton.

Aquí alargó mistress Skewton el brazo apoyando el codo en el veladorcito que á su alcance tenía y de-

jando la mano colgante en una actitud que á ella le parecía graciosa.

— La angustia que he pasado — dijo con afectada voz — al comprender por grados lo que pasaba en derredor mío, ha sido harto terrorífica para que yo me atreva á recordarla. Mi existencia entera va unida á mi Edith : ver como de día en día cambia, ella, que positivamente ha preservado su corazón desde que murió Granger, criatura encantadora, es lo que más puede afectarme en el mundo.

El mundo de mistress Skewton no debía de ser muy sensible, á juzgar por lo poco que la emocionaba la cosa que más le afectaba, según ella.

— Edith — dijo mistress Skewton sonriente — que es la más fina perla de mi vida, se me parece mucho, según dicen y yo creo que efectivamente nos parecemos mucho.

— ¡ Si hay un hombre en el mundo dispuesto á no admitir jamás que exista semejanza con usted en criatura alguna, ese hombre se llama el viejo Pepe Bagstock, señora !

Cleopatra hizo ademán de dar un golpe al comandante con el abanico, pero se detuvo, se sonrió y prosiguió diciendo :

— Si mi encantadora hija ha heredado todas las cualidades que tengo yo, perversa criatura — esto iba dirigido al comandante, — también ha heredado mis defectos. Así, tiene una gran fuerza de carácter — dicen que la mía era inmensa, aunque yo no lo creo — mas también una sensibilidad y una susceptibilidad excesivas, hasta el último extremo ¡ Si se supiera cuánto sufro cuando la veo padecer ! ¡ Esto me acaba !

El comandante levantó la cabeza y apretó los amo-

ratados labios en señal de profunda simpatía.

— La intimidad que siempre ha existido entre nosotras — dijo mistress Skewton, — el libre desenvolvimiento del espíritu, la ingenuidad de sentimientos, son cosas que conmueven : más bien que madre é hija hemos sido hermanas.

— Tal cree J. B. — observó el comandante — y así lo ha manifestado cincuenta mil veces.

— No interrumpa usted, hombre rudo — exclamó Cleopatra. — Considere usted cuáles serán mis pensamientos al ver que es este un tema imposible de ser tratado con usted : que constituye un... un abismo abierto entre nosotros. ¡ Cuánto ha cambiado Edith para conmigo ! es una consideración de las más acerbas, de seguro.

El comandante dejó la silla en que estaba y fué á sentarse en otra más cerca del veladorcillo.

— Cada día que pasa — continuó mistress Skewton — lo advierto con mayor claridad. De hora en hora tengo que reprocharme el exceso de debilidad y de confianza que ha producido tan lamentables consecuencias. De un minuto á otro estoy esperando que venga míster Dombey y se explique, librándome de las torturas en que me hallo; pero ya no tengo esperanzas, comandante, soy esclava del remordimiento... cuidado con la taza, va usted á dejarla caer... mi querida Edith lleva una existencia imposible y yo no sé á qué alma buena podré pedir consejo.

Alentado el comandante por el tono confidencial y amable de mistress Skewton tendiéndola rápidamente la mano por encima de la mesilla y acompañando sus palabras con una expresiva mirada dijo :

— Señora, aconséjese usted de Pepe.

— Entonces, monstruo — contestó Cleopatra co-

giendo la mano del comandante y dándole en los dedos con el abanico cerrado — ¿ á qué espera usted para hablarme? Ya sabe usted lo que me ocurre. ¿ Qué puede usted aconsejarme?

Echóse á reír el comandante, besó la mano de Cleopatra y tornó á reírse á carcajadas.

— ¿ Tiene mister Dombey tanto corazón como supongo? — preguntó la tierna voz de Cleopatra. — ¿ Cree usted que se trata de algo formal? ¿ Le parece á usted que debe decirse algo ó que debe dejársele á su arbitrio? Vamos, deme usted su parecer, amigo mío.

— ¿ Vamos á casarlo con Edith Granger, señora? — dijo con cierta sorna el comandante.

— Ente misterioso — repuso Cleopatra acercando el abanico hasta la nariz de su interlocutor, — ¿ cómo podríamos casarle nosotros?

— ¿ Vamos á casarlo con Edith Granger, señora? — repitió el comandante.

Mistress Skewton no contestó con palabras, pero sonrió al comandante con una vivacidad y malicia tales que el galante oficial consideró aquella sonrisa como un reto, y, seguramente, hubiera dado un beso en los rojos labios de Cleopatra si ésta no hubiera interpuesto el abanico mediante un ademán diestro y juvenilmente gracioso. Acaso hubo en Cleopatra modestia, pero tal vez fué el miedo á que se corriera el colorete.

— Dombey, señora — dijo Bagstock — es una fuerte pieza.

— ¡ Oh mercenaria criatura! — exclamó Cleopatra lanzando un apagado grito. — ¡ Esto es un escándalo!

— Dombey, señora — prosiguió el comandante

echando la cabeza hacia delante y abriendo cuanto pudo los ojos, — Dombey es sincerísimo. José lo sabe, Bagstock lo dice, J. B. no le pierde de vista. Déjese á Dombey solo, señora; Dombey está seguro. Siga usted como hasta aquí y nada más: fiese usted de J. B. hasta el fin.

— ¿ Lo cree usted así en efecto? — repuso Cleopatra cuya indolente postura no le había impedido mirar de penetrante modo al comandante.

— No tengo duda, señora — contestó el comandante. — Cleopatra la incomparable y su Antonio Bagstock hablarán de esto triunfantes cuando participen de la elegancia y opulencia que tendrá la morada de Edith Dombey. El hombre que es el brazo derecho de Dombey acaba de llegar, señora — añadió el comandante deteniéndose en el camino de sus fantasías y hablando en serio.

— ¿ Esta mañana? — dijo Cleopatra.

— Esta mañana — contestó el comandante. Y Dombey está inquieto desde que este señor ha llegado. El motivo de esta inquietud no es otro sino que Dombey quisiera oír el parecer de ese hombre acerca de sus propósitos; y para ello desearía que éste se enterase de cualquiera manera, pero jamás porque él le consultase. Créame usted, señora — añadió el comandante apoyando el índice en la cara por debajo de un ojo guiñado, gesto que no le embellecía, ciertamente. — J. B. es muy astuto, tiene mucho ojo, las ve venir, señora. Sepa usted que Dombey es más orgulloso que Satanás.

— Encantadora cualidad — murmuró Cleopatra — que concuerda con otra de mi querida Edith.

— Bien, señora — contestó el comandante; — yo he soltado ya, como quien no quiere la cosa, algunas

indirectas que el hombre de confianza ha cogido al vuelo : más alusiones he de hacer durante el día, porque Dombey ha propuesto un paseo, á caballo, al castillo de Warwich y á Kenilworth después de almorzar juntos. Estoy encargado de invitar á ustedes, de su parte. ¿ Quiere usted honrarnos aceptando, señora? — dijo el comandante sacando del bolsillo, un B. L. M., suplicado al comandante Bagstock para entregar á la honorable mistress Skewton : en este B. L. M. « su muy atento servidor » Pablo Dombey rogaba á tan respetable señora, así como á su amable y distinguida hija tuviesen la amabilidad de aceptar la referida invitación. En el mismo B. L. M. Pablo Dombey rogaba á la honorable mistress Skewton no sólo que aceptase sus más respetuosos homenajes sino que transmitiera á mistress Granger la expresión de sus muy atentos recuerdos.

— ¡ Silencio! — exclamó rápidamente Cleopatra— ahí viene Edith.

No sería exacto decir que después de esta exclamación tornó la amante madre á su postura amanerada y lánguida, porque no había dejado de tenerla y probablemente no la abandonaría hasta el sepulcro; pero sí se puede afirmar que mistress Skewton compuso lo mejor que pudo su semblante para que no se pudiera leer en él la más pequeña expresión de un deseo, de un propósito bueno ó malo : de esta manera estuvo preparada para hacer frente á su hija.

Edith estaba hermosa y arrogante, pero también fría y desdeñosa : dió á entender con un leve saludo que había notado la presencia del comandante Bagstock, fué á la ventana, descorrió la cortina y se quedó allí mirando á la calle.

— Mi querida Edith ¿ dónde has andado? — pre-

guntó la madre. — Te he echado de menos ; me has tenido muy triste.

— Me dijo usted que tenía que hacer : la he dejado en sus ocupaciones — contestó la hija, sin volver la cabeza.

— Cosa cruel para el viejo Pepe, señora — observó el comandante con su habitual galantería..

— ¡ Oh, sí! muy cruel, ya lo sé — repuso Edith sin dejar por eso de mirar á la calle. Su inflexión de voz fué tan desdeñosa que Bagstock se quedó confundido sin acertar con ninguna réplica.

— Querida Edith — balbució su madre — el comandante Bagstock que comúnmente es el ser más inútil y desagradable del mundo, como ya sabes...

— No hay ninguna necesidad de hablar en estos términos, mamá— dijo Edith mirando en derredor. — Estamos solos y ya nos conocemos.

El sereno desdén que se manifestó en su rostro al decir estas palabras abarcaba evidentemente á los dos presentes y á ella misma ; pero tan enérgico que mistress Skewton dejó de sonreír.

— Querida niña — dijo mistress Skewton dominándose.

— ¿ Aún soy niña? — repuso Edith con cierta expresión de burla.

— ¡ Pues señor! no sé lo que pasa hoy, querida. Permíteme decirte que el comandante señor Bagstock nos trae de parte de mister Dombey una invitación para almorzar mañana y luego pasear á caballo yendo á Warwich y á Kenilworth. ¿ Quieres ir?

— ¿ Que si quiero ir? — repuso Edith mirando á su madre al mismo tiempo que latiéndole violentamente el pecho se la subía la sangre á la cara.

— Ya sabía yo que aceptarías — añadió la madre

con agrado. — Si te lo he preguntado ha sido por simple formalidad. Mira la invitación de mister Dombey :

— Gracias : no me interesa leerla — dijo Edith.

— En este caso lo mejor será que conteste yo misma; aunque, á la verdad, había pensado que fueras mi secretaria.

Como Edith no contestó nada ni pareció darse por entendida, mistress Skewton se sirvió de Bagstock, el cual puso recado de escribir en el veladorcito y sirvió á la señora con suma complacencia y finura poniendo en sus manos la pluma ya mojada en tinta.

— ¿ Pongo cumplimientos tuyos? — preguntó mistress Skewton á su hija al ir á terminar la carta.

— Ponga usted lo que quiera — contestó Edith sin volver la cabeza y con la mayor indiferencia.

Mistress Skewton escribió efectivamente lo que quiso, sin más explicaciones y entregó la carta al comandante : recibió éste tanpreciado encargo, intentó ponerlo sobre su corazón, en el bolsillo del chaleco, pero no cabía; entonces se metió la carta en el bolsillo del pantalón, sencillamente. Saludó á ambas señoras de una manera caballeresca : la señora de más edad contestó como de ordinario, la de menos edad inclinó la cabeza con expresión tan displicente que para expresión de cortesía más hubiera valido que no hiciera inclinación alguna sin atender á la despedida de Bagstock y sin hacerle caso.

Precedido del indígena con la sombrilla abierta y acogiéndose á la sombra de ésta, el comandante se puso en marcha hacia el hotel. « Que haya cambiado de parecer, que esta señora se haya desanimado ó que ocurra cualquiera otra cosa semejante, eso aquí no cuela : J. B. no es tan tonto. ¡ Pues no fal-

taba más! Lo que puede suceder es que haya entre las dos alguna desavenencia, algún enredo. Allá ellas. Todo eso no me importa. ¡ Ya, ya! Edith Granger y Dombey; buena pareja! Por mí, allá se las entiendan. Yo me quedaré con el que gane. »

Tales eran los pensamientos en que trabajaba la mente de Bagstock mientras se dirigía hacia el hotel bajo la salvaguardia del príncipe africano. El desgraciado negro que oía murmurar á su amo no acertaba á comprender lo que, á su parecer, le mandaba : así, acertó una vez á pararse imaginándose que el comandante lo mandaba. No había tal orden : su amo se lo hizo comprender duramente picándole con el bastón en los riñones : y así lo llevó por delante, picándole de cuando en cuando, hasta el hotel.

En aumento fué la ira de Bagstock aquella tarde. Mientras se vestía para comer tuvo que sufrir el criado negro una lluvia de objetos, desde las botas hasta el cepillo de cabeza : todo lo que se le ponía al alcance. Para el comandante era una cuestión de amor propio el tener al indígena en perfecta condición de destreza y para ello no se daba punto de reposo en corregir sus yerros. Por otra parte quería tener cerca al indígena, porque este pobre representaba para él una especie de contrairritante en quien se desahogaba á golpes cuando sentía los dolores de gota y otros de sus pertinaces dolencias.

Por último, agotados los proyectiles y con ellos el vocabulario de invectivas al negro, tan abundantes que el mismo comandante se sorprendía, para sus adentros, de la riqueza que la lengua inglesa revelaba, se hizo Bagstock el nudo de corbata y quedó vestido y de humor excelente, bajando de su cuarto en busca de Dombey y su brazo derecho.

Dombey no estaba todavía en la sala, pero sí su brazo derecho, mister Carker.

— ¿Qué tal? — le dijo el comandante. — ¿Cómo ha pasado usted el tiempo desde que tuve el honor de verle? ¿Se ha dado usted un paseo?

— Hemos dado una vuelta nada más, media hora — contestó Carker. — Teníamos mucho que hacer.

— Negocios ¿eh? — dijo el comandante.

— Una porción de cosas pequeñas que era necesario arreglar — repuso Carker — dígame usted... por supuesto que no entra en mi modo de ser este género de confianzas, créalo; pero tratándose de usted, comandante, me parece que me será lícito tenerlas.

— Usted me honra con ello, señor Carker — dijo Bagstock.

— Dígame usted... — prosiguió Carker — he encontrado á mi amigo... á nuestro amigo, quiero decir...

— ¿Se refiera usted á Dombey? — exclamó el comandante. — Míreme usted, señor Carker, aquí está J. B.

Ya, ya se le veía en afecto, gordo y colorado: Carker dió á entender que sí le miraba.

— Bueno — añadió el comandante, — pues sepa usted que yo me arrojé de cabeza al agua y al fuego por servir á Dombey.

Carker sonrió como diciendo que no lo dudaba, de ninguna manera. Y continuó su discurso:

— Pues bien ¿sabe usted, comandante, que me ha parecido mister Dombey sumamente distraído, muy mal dispuesto para hablar de negocios?

— ¿Mal? — observó gozosamente Bagstock.

— Abstraído, pensando en otra cosa — dijo Carker.

— ¡Ea! amigo mío — exclamó el comandante — no hay sino saber « quién es ella ».

— Tal creo — replicó mister Carker. — Al principio, cuando oí las alusiones de usted, me figuré que era una broma, porque ustedes los militares son así...

El comandante movió la cabeza, tosió fuerte, alzó los hombros engreído y con todos estos movimientos quiso dar á entender á su interlocutor: « Si, si; no se puede negar, nosotros somos puntos fuertes. » Luego cogió á Carker de la solapa y abriendo desmesuradamente los ojos le comunicó misteriosamente al oído que se trataba de « una mujer encantadora, caballero; una viuda joven, caballero; perteneciente á una gran familia, caballero » que Dombey estaba enamorado de ella y que en realidad era un buen partido, pues se reunirían la belleza, linaje y talento de la dama, con la riqueza del galán, ¿qué mejor surtido? En aquel momento oyeron los pasos de Dombey: de modo que abreviando el comandante dijo á Carker que ya podría juzgar por sí mismo al siguiente día, en que había de verla. Con esta excitación mental y agolpándosele la sangre en la cabeza hasta el punto de inyectarle los ojos y sofocarle, esperó el comandante la hora de sentarse á la mesa.

Bagstock, al igual de otros nobles animales, lucía especialmente al comer. Esta vez se hallaba, por modo excepcional, brillante: sentado á un extremo de la mesa, á su frente Dombey, astro no menos luminoso y entre ambos mister Carker recibiendo los rayos de uno y otro y aun despidiendo su luz propia, según el caso.

Durante los primeros platos el comandante solía permanecer con gravedad. El indígena, obediente á

las órdenes secretas de su amo, que ya sabía de memoria, cuidaba de poner todos los frascos, de salsas varias, en las cercanías de su plato, facilitando así la operación de destaparlos y de sazonar con su contenido los distintos manjares. Por otra parte, el indigena cuidaba especialmente de las cortezas de limón, pomos de diversos olores y determinados ingredientes de que hacía el comandante Bagstock misteriosa aplicación en sus bebidas. Pero, no obstante estos cuidados, el comandante hallaba espacio para mostrarse amable y obsequioso, particularmente con Carker como si adivinase los deseos de Dombey.

— Usted no come, Dombey. ¿Está usted mal? Coma, señor, coma — dijo el comandante.

— Muchas gracias — repuso mister Dombey — no tengo hoy apetito, pero me encuentro bien.

— ¿Cómo es eso! — exclamó el comandante. — ¿Qué ha hecho usted del apetito? De que no se lo ha dejado usted en casa de sus amigas doy fe, porque allí esta mañana, á la hora del lunch, tampoco había apetito. Por lo menos en una de las señoras : yo me sé cual.

Guiñó Bagstocks un ojo, haciendo una señal á Carker, gesto que resultó una mueca alarmante : el criado negro creyó llegado el momento de aplicar una de las instrucciones secretas y empezó á dar palmadas en la espalda de su amo, medio de que no le acometiese un accidente que le hiciera rodar debajo de la mesa.

Al momento de tomar el champagne, cuando el indigena destapó la primera botella el comandante le increpó diciéndole.

— ¡Bergante! sirve... á mister Dombey... á mister Carker... llena, llena más la copa, hasta el borde...

¡Ea! — dijo guiñando otra vez un ojo á Carker y levantando la copa para brindar — bebamos en honor de la divinidad que Pepe tiene la grandicha de conocer y que á distancia humilde y reverentemente admira. ¡Edith es su nombre : Edith angélica!

— ¡A la angelical Edith! — brindó Carker sonriente.

— ¡A Edith, ciertamente! — dijo Dombey.

Continuó el servicio y cada vez estaba el comandante más fino, aunque con finura más seria. Hubo un momento en que dirigiendo la palabra, medio aparte, á Carker le dijo :

— Entre nosotros : Pepe Bagstock mezcla bromas con la seriedad del asunto en cuestión ; pero entiéndese bien que el nombre antes dicho es sacratisimo y no se ha de citar en presencia de criados : por esto mientras anden por aquí ¡silencio!

Agradeció mister Dombey, para sus adentros, esta prueba de consideración. Aunque las alusiones del comandante le ponían verdaderamente en aprieto, no le molestaban, ó al menos no dejaba entrever incomodidad alguna en medio de su aspecto frío : más bien se podía creer que aquellas alusiones le complacían. Acaso había tenido razón el comandante al suponer que mister Dombey era demasiado altanero para solicitar consejo ó informar sencillamente á su primer ministro acerca de un asunto en que, sin embargo, quería conocer su opinión. De todos modos es lo cierto que mister Dombey sondeaba con la vista á Carker mientras el comandante ponía en juego su artillería ligera sin que al parecer le inquietaran los efectos que la misma causaba.

El comandante se había asegurando un oidor atento y sonriente, sin igual en el mundo — « un mozo

agradabilísimo y listo como un diablo », según dijo después — y así no quiso limitarse á exhibirle su ingenio en las pequeñas dosis que las alusiones á mister Dombey permitían. Quiso más y se puso á referir anécdotas de su vida militar, narraciones hechas con prodigalidad exuberante y que Carker escuchó con verdadera (ó aparente) admiración riéndolas cuanto pudo mientras Dombey, desde lo alto de su almidonado corbatín, contemplaba con interés al narrador — lo mismo que el amo mira como baila elegantemente su oso amaestrado.

Cuando el comandante se encontraba ya ronco de hablar y de beber y de alardear de ingenioso hasta el punto de hacerse ininteligible para él mismo, pasaron al salón donde les esperaba el café. Después de tomarlo el comandante preguntó á su nuevo amigo si jugaba al *picquet*. En realidad había en la manera de hacer esta pregunta un leve deseo de que la contestación fuese negativa; pero mister Carker contestó :

— Sí, juego un poquito.

— ¿El chaquete, acaso...? — volvió á preguntar el comandante con igual vacilación que antes.

— Sí, también juego un poquito — contestó Carker.

— Carker juega á todo — dijo Mister Dombey que se había recostado en un sofá y estirado las piernas con la rigidez de un muñeco de madera articulado. — Carker juega á todo, y bien.

En verdad. Carker jugaba á los dos juegos en cuestión de manera perfecta. El comandante atónito y por si acaso acertaba con algo menos conocido de Carker le preguntó si jugaba al ajedrez.

— Sí, juego un poquito — replicó el hombre de los dientes. — He hecho algunas partidas — cuestión simplemente de broma — sin mirar al tablero.

— ¡ Por vida! señor — exclamó Bagstock — hace usted buen contraste con Dombey, que no juega á nada.

— Es que él no ha tenido nunca tiempo que emplear en cosas tan chicas — observó Carker. — En mí y en hombres de mi posición social ya es otra cosa : los juegos alguna vez son útiles. Por ejemplo, en la ocasión presente, comandante Bagstock, está usted viendo que gracias á mi conocimiento del juego tengo el placer de medir mis fuerzas con usted.

Humildes y serviciales parecían estas palabras, pero en ellas sonaban como un gruñido de amenaza. Por un momento pudo temerse que aquellos blancos dientes hicieran presa en la mano que acariciaban ; pero el comandante no se enteró de nada. Y en cuanto á Dombey se quedó meditando, con los ojos medio cerrados, durante la partida que duró hasta la hora de acostarse.

Entretanto, y por más que quedó victorioso en el juego, subió sobre manera en la estimación del comandante. Así, cuando se despidió Carker de su amigo en el descansillo de la escalera, junto al cuarto del comandante, éste dió al indígena la orden de alumbrar hasta que Carker entrara también en su habitación. Cumplida esta orden tornó el indígena á la colchona que le servía de cama ante la puerta de su amo.

Sin duda el espejo que en el cuarto de mister Carker había, tenía alguna mancha opaca. En todo caso él no se vió bien : lo que él vió en el espejo aquella noche fué la imagen de un hombre que en su fantasía se representaba tener una multitud de personas echadas á sus pies, lo mismo que el indígena estaba á la puerta de su amo, y que cruzaba entre aquellas personas mirándolas de modo malicioso, pero cuidando de que no despertaran... por el momento.